

# Nuestro Dios es moral

En el estudio de Dios que hemos hecho hasta el momento, hemos descubierto que es omnipresente, omnisciente, omnipotente, creativo e histórico. Hemos descubierto que cada una de estas cualidades tienen que ver con nuestras vidas e influyen en éstas. De hecho, nosotros no existiríamos, de no ser porque el Dios que hemos estado estudiando, existe. «... En él vivimos, y nos movemos, y somos;...» (Hechos 17.28). Nuestro Dios está cercano, es fuerte y comprensivo. Nos ha dado lo necesario y nos ha guiado. Por todo esto y más, estamos verdaderamente agradecidos.

Todavía nos falta estudiar un atributo de Dios que es crucial para nuestro bienestar. Todas las cualidades de Dios que hemos examinado podrían habernos llevado a un estado grotesco, miserable, de no ser porque Dios es un Ser moral. No sería exageración decir que nuestro bienestar en la vida aquí, así como nuestro destino eterno, dependen de la moralidad de Dios. Por lo tanto, estudiemos concienzudamente este supremo atributo.

## SE AFIRMA LA VERDAD

Ser absolutamente moral equivale a ser absolutamente santo. La santidad absoluta es un estado de perfección moral y espiritual. Por supuesto que este es un estado que sólo se le puede atribuir a Dios. La Biblia tiene muchas afirmaciones acerca de la santidad de Dios en la tierra y en los cielos. Tome en cuenta los siguientes ejemplos.

María prorrumpió en cántico cuando esperaba ilusionada el nacimiento de su hijo: «... Me ha hecho grandes cosas el Poderoso; Santo es su nombre» (Lucas 1.49).

Cuando una escena celestial se desplegó ante

el apóstol Juan, él vio el trono de Dios rodeado de hombres y de ángeles. Los «seres vivientes» cantaban incesantemente: «Santo, santo, santo es el Señor Dios Todopoderoso, el que era, el que es, y el que ha de venir» (Apocalipsis 4.8b). Los «seres vivientes» le atribuyeron honra y gloria al que estaba sentado en el trono. A ellos se les unieron los veinticuatro ancianos que adoraban al Eterno, cantando: «Señor, digno eres de recibir la gloria y la honra y el poder; porque tú creaste todas las cosas, y por tu voluntad existen y fueron creadas» (Apocalipsis 4.9-11). Observamos desde la «perspectiva celestial» de ellos, que Dios era santo, incluso antes de la creación del mundo. Es Su naturaleza ser santo, así como es Su naturaleza ser todopoderoso y todopoderoso.

En otro momento, la «perspectiva celestial» pasó a un primer plano, cuando el profeta Isaías vio a Dios sentado en un elevado y sublime trono, acompañado por serafines que cantaban: «Santo, santo, santo, Jehová de los ejércitos; toda la tierra está llena de su gloria» (Isaías 6.1-3).

Estas escenas que recalcan la santidad de Dios en la tierra y en los cielos están expresamente relacionadas a Su creación: «Toda la tierra está llena de su gloria». Él es digno de recibir gloria y honra, porque Él creó todas las cosas. Por lo tanto, puede decirse que Su creación está coronada con un halo de santidad. Hallamos una cualidad moral en la creación, así como también hallamos que tiene energía, belleza y orden.

## LA VERDAD ES IMPUESTA

Después de haber tratado el contexto de Dios para nosotros en la creación y en la historia, ahora

deseamos llegar a estar conscientes del contexto moral de Dios para nosotros. Dios es el que da origen (en la creación) y el que perpetúa (en la historia) nuestras vidas. Como Él es supremamente santo, es de esperar que los seres humanos sean seres morales. Esta expectativa es correcta. Fuimos creados seres morales. Esta fue la condición del hombre y de la mujer antes de la caída. Ellos tenían comunión directa con Dios porque ellos, al igual que Dios, eran santos. No obstante, después de que pecaron, se llenaron de temor y de vergüenza. Su estado de pureza original se contaminó hasta la fealdad. Su pureza moral había desaparecido. Es una antiquísima verdad que todos percibimos:

... sin embargo yo sé, dondequiera que vaya, que de la tierra, una gloria ha desaparecido.<sup>1</sup>

Lo que una vez fue puro, ahora está marcado con cicatrices.

El pueblo de Dios fue llamado a volverse a Dios y una vez más ser partícipe de la santidad de éste: «Porque yo soy Jehová vuestro Dios; vosotros por tanto os santificaréis, y seréis santos, porque yo soy santo» (Levítico 11.44a). Este deseo de Dios, de que ellos volvieran a Él, y de que mediante Su ayuda vivieran una vida santa, explica la gran cantidad de enseñanza bíblica sobre moralidad. La santidad de Dios es el fundamento de nuestra obligación moral. Él ha ordenado la manera como debemos vivir. Por lo tanto, hay cierto sentido de deber en nuestras vidas. Nuestra moralidad debe conformarse a Sus enseñanzas si es que hemos de ser recibidos por Él.

Este sentido de deber, de lo que deberíamos ser y hacer, no puede ser definido por la consciencia. El apelar a la conciencia es, a menudo, una noble acción. No obstante, debemos tener presente que nuestra conciencia ha caído bajo la presencia del pecado al igual que otros aspectos de nuestro ser. Nuestra conciencia, por lo tanto, es defectuosa. Por un lado, no debemos jamás violar nuestra conciencia; por otro lado, no debemos jamás permitir que ella sea nuestra guía absoluta. Son los mandamientos de Dios los que deberían funcionar como nuestra guía, informando nuestra mente y nuestra conciencia. Esto significa que nuestra moralidad se fundamentará objetivamente en la palabra de Dios, no en nuestras inclinaciones subjetivas.

No es legítimo buscar nuestras normas mo-

rales en algún otro lugar. Por ejemplo, *no podemos apelar a la fuerza como el fundamento de la moralidad*. Sabemos que entre las naciones y las personas no es la ley del más fuerte la que rige.

También sabemos que *el hecho por sí solo de que algo funcione para producir un resultado deseado, no significa que eso sea moral*. Si lo fuera, entonces el haber dado muerte a millones de personas mediante la masacre genocida hecha por los nazis, durante la Segunda Guerra Mundial, habría sido moral. El holocausto tenía como objetivo la obtención de un resultado deseado, pero no era moral. Si el uso de algún medio para justificar un resultado deseado, hiciera que ese resultado fuera moral, entonces la destrucción de más de un millón de vidas humanas en todo el mundo mediante el aborto procurado (más de 1.500.000 al año), sería moral.<sup>2</sup> ¿Lo es?

*Tampoco es moral algo, solamente porque «así son las cosas»*. El obrar espontáneamente sería maravilloso si viviéramos en un mundo perfecto. El hecho de que los seres humanos perdieran Su perfección y se hicieran pecaminosos, impide que nuestra inclinación natural sirva de fundamento para la verdadera moralidad. Si así fuera, entonces ¿cómo explicar la existencia de alarmas contra ladrones, de guardas de seguridad y de puertas bajo llave en los hogares de toda la tierra —o la existencia de cárceles llenas, tanto de infractores civiles, así como de criminales de mayor cuantía? Todos suponemos que no es la ley del más fuerte la que rige, y que el utilitarismo no es el fundamento de la moralidad. Un mundo caído no constituye un escenario, en el cual la moralidad pueda «brotar espontáneamente». Hay que buscar en otro lugar.

La naturaleza de Dios se manifiesta supremamente mediante Su santidad. Su santidad se convierte en el fundamento y, a la vez, en la guía del aspecto moral de nuestras vidas. Su declaración, recogida en el Antiguo Testamento, es clara e inconfundible: «Santos seréis, porque santo soy yo Jehová vuestro Dios» (Levítico 19.2b). Esto es también lo que se expresa en el Nuevo Testamento. «Sed también vosotros santos en toda vuestra manera de vivir» (1 Pedro 1.15). Nosotros ponemos la mirada en Dios, el Dios cuya perfección moral constituye el fundamento de nuestra moralidad. En la Biblia hallamos a Dios, el cual nos dice cómo ser justos, y cómo hacer lo justo porque Él es justo.

¿Cómo «debemos» ser nosotros? Dios no sólo nos dice *específicamente* cómo «debemos» ser;

<sup>1</sup> William Wordsworth, "Recollections of Early Childhood" («Recuerdos de la niñez temprana»), in *Ode on the Imitations of Immortality*, lines 17–18.

<sup>2</sup> F. LaGard Smith, *When Choice Becomes God (Cuando el derecho a elegir toma el lugar de Dios)* (Eugene, Ore.: Harvest House, 1990), 82–86.

también nos dice cómo podemos *llegar a ser* lo que «debemos» ser. Jesucristo, el Hijo de Dios, dijo: «No busco mi voluntad, sino la voluntad del que me envió» (Juan 5.30b). En Sus esfuerzos por conformarse a la voluntad de Su Padre, vemos la excelencia moral de Dios en Él. Por lo tanto, en nuestros esfuerzos por conformarnos a Cristo, echamos fuera de nosotros nuestra inmoralidad y permitimos que la pureza de Su vida se refleje en nosotros. Cuando nosotros, llenos de fe y de arrepentimiento, «nos revestimos de Cristo» mediante el bautismo, ese es el momento en que somos sepultados con Él, somos purificados, y resucitados para andar en vida nueva (Hechos 2.38; Romanos 6.3–4; Gálatas 3.26–27). Llegamos a ser, por Su gracia, por medio de nuestra fe, lo que Dios desea que seamos (Efesios 2.8–9).

### LA VERDAD ES PUESTA POR OBRA

Aunque la nueva vida en Cristo tiene muchas facetas, sólo hay una que nos interesa en relación con esta lección sobre la vida moral. ¿Cómo podremos vivir moralmente? La respuesta parece sencilla: Vivimos día a día evitando pensamientos y conductas inmorales, y ponemos en práctica un comportamiento moral. ¿Qué es moral y qué es inmoral? Anteriormente en la lección, le echamos una mirada a algunos principios; ahora le echaremos una mirada a aspectos concretos. No obstante, al hacer esto, no agotaremos el tema. Solamente señalaremos en la dirección correcta.

Nuestro Dios es moral. Su santidad es el fundamento de toda obligación moral, la cual a menudo se expresa de modo concreto en las Escrituras. Tome nota de la siguiente letanía de mandamientos sobre lo que no se debe hacer: *No*

*matar, no cometer adulterio, no hurtar, no decir falso testimonio, no mutilar, no violar, no irrespetar ni herir a los padres, no mentir, no ser deshonesto, no participar en la prostitución ni en la fornicación, no cometer incesto, no participar en conductas homosexuales ni en prácticas perversas.*<sup>3</sup> Ahora tome nota de la siguiente letanía de mandamientos sobre lo que sí se debe hacer: *Ser misericordioso, pacífico, generoso, amoroso, franco, considerado, sabio, puro, paciente, manso, amable, humilde y honrado.*<sup>4</sup> Estas listas son incompletas, pero nos orientan en la dirección correcta.

Nuestro Dios es moral. Él nos creó a Su imagen. Él desea que seamos morales. Él es explícito sobre lo que la moralidad significa. En esta lección hemos aprendido: 1) Lo que significa tener un Dios que es absolutamente santo, 2) lo que Él ha hecho para darnos a nosotros, Sus criaturas caídas, una oportunidad para deshacernos de nuestra inmoralidad y demás pecados, y 3) que se nos ha desafiado a vivir vidas morales. El Salmista ha dicho:

Me acordaré de las obras de JAH;  
Sí, haré yo memoria de tus maravillas antiguas.  
Meditaré en todas tus obras,  
Y hablaré de tus hechos.  
Oh Dios, santo es tu camino;  
¿Qué dios es grande como nuestro Dios?  
(Salmos 77.11–13). ■

<sup>3</sup> Éxodo 21.15; Levítico 18.6–8, 23; 19.11, 29, 35; 20.13; 24.19–20; Deuteronomio 5.17–20; 19.3a; 22.25; 1 Corintios 6.18.

<sup>4</sup> Mateo 5.7–9, 22, 28, 31, 39, 42–47; 6.1–4, 22–23; 7.12, 24–27; 1 Corintios 7.10–16; Gálatas 5.14, 22; Efesios 5.3–5, 32; 1 Pedro 2.1, 11–12; 3.16; 4.3, 4; 5.5–6; 2 Pedro 1.7.